

La crítica a las costumbres heredadas de la Colonia y su permanencia actual

Por Joao Sosa

Muchas costumbres surgidas durante la época colonial han permanecido en la sociedad, aunque con distintas maneras de manifestarse en el Perú. Esto ha generado críticas sobre las diversas disciplinas en el contexto actual. Para algunas personas estas tradiciones deben ser erradicadas. Sin embargo, lejos de desaparecer, estas “prácticas” continúan fuertemente situadas en distintos ámbitos de la vida cotidiana, como las relaciones intrapersonales, decisiones e incluso la educación. Frente a esta realidad surge la siguiente interrogante: ¿algunas costumbres heredadas de la Colonia, como los matrimonios forzados, aún siguen teniendo presencia en la actualidad? Considero que las costumbres heredadas de la Colonia continúan siendo un mal actual en la sociedad peruana porque tratan de re-instaurar los matrimonios arreglados y fomentan la opresión contra las mujeres mediante el machismo. Esta postura será sustentada mediante el análisis del artículo “Un viaje”, de Felipe Pardo y Aliaga, y la obra “Ña Catita”, de Manuel Ascencio Segura.

En primer lugar, el matrimonio en la época colonial no era un acto de libertad individual o de amor, sino un contrato económico y social diseñado por los padres para preservar el estatus, limpiar el linaje o escalar en la pirámide social. Las obras costumbristas critican como la República naciente intentaba heredar e institucionalizar esta práctica, despojando a los jóvenes (especialmente a las mujeres) de su autonomía. Al ver el matrimonio como un negocio, la sociedad poscolonial sabotaba la idea de una ciudadanía libre, perpetuando un sistema donde las personas eran tratadas como mercancías de intercambio para el beneficio de las élites o de familias arribistas.

Esta crítica se aprecia en la obra “Ña Catita” de Manuel Ascencio Segura, donde Doña Rufina, madre de Juliana, representa esa mentalidad colonial y arribista que busca desesperadamente un matrimonio arreglado para su hija, ignorando por completo el amor legítimo que Juliana siente por Manuel. Su madre intenta imponer como esposo a Don Alejo, un hombre mucho mayor, insoportable y pedante, simplemente porque bajo la fachada de este personaje se proyecta la falsa ilusión de riqueza, alcurnia y modales refinados de la corte colonial. Ña Catita actúa como la operadora política de este trato, demostrando cómo los matrimonios arreglados necesitaban de redes de intriga y mentiras para poder sostenerse en contra de la voluntad de los implicados.

En el mismo contexto, se evidencia el machismo, que no es un fenómeno moderno, sino una de las herencias más pesadas y nocivas del orden colonial, donde la mujer era considerada legal e intelectualmente inferior al varón, relegada exclusivamente al espacio doméstico, a la procreación o a ser un peón en las estrategias familiares. El Costumbrismo retrata una sociedad profundamente patriarcal donde el hombre (el padre o el pretendiente adinerado) ejerce un poder absoluto y vertical, mientras que las mujeres son silenciadas, manipuladas o forzadas a adoptar roles de sumisión o, en su defecto, a recurrir a la manipulación subterránea (como las intrigas) debido a que no tenían canales legítimos de expresión ni derechos reales.

En el artículo “Un Viaje”, de Felipe Pardo y Aliaga, el machismo y el patriarcado se observan en la división del trabajo y en la toma de decisiones que describe el autor. Las mujeres de la

casa (mencionadas como “las niñas” o “sus hermanas”) son las responsables de ocuparse de todos los preparativos, mientras que los hombres (el inglés don Jorge, el catalán pulpero y figuras de autoridad como médicos y profesores) se dedican a aconsejar o pasar tiempo relajándose.

Asimismo, estas costumbres coloniales y el machismo atentan directamente contra las relaciones intrapersonales y el desarrollo del ser interior, vulnerando los valores agustinos recoletos que promueven la búsqueda de la verdad, la interioridad y la libertad guiada por el amor. San Agustín sostenía que en el interior del ser humano habita la verdad (*"In interiore homine habitat veritas"*), sin embargo, en la sociedad retratada en "Ña Catita" y "Un viaje", la presión del machismo y las imposiciones familiares obligaban a los individuos a silenciar su voz interior. Al forzar a personajes como Juliana a aceptar un destino no deseado o al sobreproteger al "Niño Goyito" anulando su madurez, se destruye la autonomía personal, la honestidad consigo mismo y la paz del alma, reemplazando la auténtica búsqueda del bien por la ansiedad de responder a las falsas expectativas sociales.

Por otro lado, la intriga, el arribismo y el machismo presentes en estas obras representan la antítesis de los valores agustinos recoletos de la comunidad, la caridad y la justicia. Una convivencia fraterna debe cimentarse en la empatía, la unidad y el respeto por la dignidad de cada persona como imagen de Dios. No obstante, personajes como Doña Rufina y Ña Catita instrumentalizan el hogar para obtener un beneficio egoísta, transformando la familia en un escenario de manipulación e intriga donde la mujer es privada de su propio valor. Esta falta de fraternidad viva en el núcleo familiar colonial se proyecta hasta el Perú de hoy, donde el machismo y la cultura del provecho personal siguen fracturando el tejido social y alejando a los ciudadanos de un estilo de vida guiado por la solidaridad y el amor al prójimo.

En conclusión, la mayor parte de las costumbres heredadas siguen teniendo influencia en el contexto actual, ya que han establecido una manera de asociar las tareas domésticas con las mujeres y, al mismo tiempo, ha reforzado la idea de que los matrimonios arreglados son un beneficio. Tanto las obras costumbristas de Felipe Pardo y Aliaga y Manuel Ascencio Segura como la realidad actual evidencian que estas ideologías no pertenecen sólo al pasado, sino que, de manera recurrente, siguen presentes en diversos ámbitos. Superar esta herencia colonial exige rescatar y poner en práctica los valores agustinos recoletos: fomentar la interioridad y la verdad para no dejarnos llevar por las falsas apariencias, cultivar la fraternidad y la caridad para erradicar el machismo en las familias, y promover la libertad respetuosa y la justicia para que cada persona pueda decidir su proyecto de vida. Solo mediante la vivencia de estos valores esenciales podremos superar las secuelas del pasado y construir una sociedad peruana verdaderamente justa, humana y solidaria.